



Nos aguardan muchos kilómetros a través del árido desierto.



En Senegal, los autobuses destacan por su colorido.



Una incursión por las dunas siempre es divertida.

## De Mauritania a Senegal

# Superando fronteras

**Las interminables rectas de la carretera costera del Sahara Occidental llegaban a su fin. Como otras tantas veces, ante la inmediatez de una nueva frontera, mi ego crecía masticando una absurda pero inevitable sensación de triunfo.**

Charly Sinewan  
www.sinewan.com

Entonces algo pasó, al final de la recta de asfalto surgió un pequeño punto que alteraba el monótono paisaje. Por unos instantes acepté la posibilidad de que pudiese ser otro motero con el que compartir la gesta, pero al poco no pude más que rechazar esa idea al ver cómo aquello, fuese lo que fuese, mutaba en dos. Rápido auguré con acierto lo que iba a suceder, lo que iba a poner mi ego en el lugar que correspondía.

Adelanté fugaz al primero de los ciclistas que enajenado pedaleaba con los alisios golpeándole el pescuezo. Me posicioné paralelo al segundo, que con la misma sonrisa que el primero me indicaba que parara, que no entendía bien las palabras con las

que yo intentaba mostrar mi más profundo respeto. Instantes después paré en la cuneta de una carretera en la que no sucedía nada en muchos kilómetros. Eternos para un motociclista, supongo que infinitos para un ciclista. Se trataba de dos jubilados alemanes de rostro satisfecho y piel curtida por el viento y polvo del desierto. Iban a Senegal. Igual que yo. Ellos en bici.

Nos despedimos calurosamente y continuamos nuestros diferentes caminos en la misma dirección.

### La frontera

Llegué al paso fronterizo marroquí sobre las once de la mañana. Las fronteras suelen ser lugares poco agradables, pero ésta,

además de desprender el universal tufo de cualquiera de ellas, resultaba especialmente inhóspita. Ubicada en mitad de una llanura desértica, sobre tierra y polvo, albergaba en aquel momento unos cuantos vehículos desperdigados que intentaban cruzar y varios funcionarios de sucio uniforme que pretendían sacar tajada de ello. Algo más de una hora de negociaciones y ya estaba dentro.

Pero dentro de la nada, los siguientes cinco kilómetros fronterizos son una franja en tierra de nadie que se cruza a través de una infernal pista, delimitada por tétricos esqueletos de coches abandonados que marcan los límites del único camino seguro a Mauritania. Al otro lado de esos ambiguos márgenes



se ocultan minas que todos los años se cobran vidas humanas. Principalmente emigrantes ilegales que en su largo errar a Europa quedan aquí bloqueados al cerrarles el paso Marruecos. La bochornosa columna de indigentes africanos en busca del sueño europeo tiene un importante paso aquí, para muchos el triste final.

Es inevitable indignarse cuando pasas horas en una frontera, pero hay siempre que recordar lo privilegiados que somos los que siempre terminamos al otro lado por el simple hecho de tener un pasaporte occidental.

## Nouadhibuo

Tras otra hora larga en el paso fronterizo y diez sucios euros de peaje por ser blanco, y con un margen de dos horas de luz, entraba en Mauritania, país militarizado de norte a sur. Dos controles rutinarios me retuvieron antes de llegar a mi primer destino, Nouadhibuo, ciudad sucia, de edificios de una planta, grises y agrietados, rodeados de vertederos en los que pastan animales y juegan niños pordioseros. Escalón de desarrollo y bofetada al risueño blanquito de la moto. Pensé que Mauritania sería un país pobre como lo es Senegal; desconocía lo miserable que es.

En un descampado de arena que hacía de parking encontré dos blancos que charlaban enérgicamente. Paré a interrogarles sobre hoteles de precio medio.

- Hello!  
- Hello!  
- Do you know any hotel around here?  
- Yes, you have some there...  
- Where are you from?  
- Spain.  
- ¿Y qué coño hacemos hablando en inglés?, contesté con este acento tan nuestro.

Eran los dueños del céntrico y acogedor restaurante Don Quijote, una pareja de canarios que regentan un verdadero oasis para el fatigado viajero. Cené como si fuese la última vez, charlando en castellano e hidratándome con vino para acompañar un enorme entrecot que me devolvió la vida. A la cuarta copa invité a la casa.

## La famosa carretera del desierto

El viernes desperté dos horas después de apagar el despertador, resacoso y cabreado por haber perdido tiempo vital en mi empeño de cruzar Mauritania en un solo día. Pensaba así evitar hipotéticos encontronazos con miembros o aliados de Al-Qaeda, algo improbable estadísticamente pero inevitable de pensar después de los últimos secuestros en la famosa carretera del desierto. De nuevo desayuné café aguado y galletas pasadas. Rápido estaba de nuevo en ruta.

Por la mañana transité a través de una recta de asfalto, rodeada de desierto infinito a ambos lados y con largas horas de reflexión dentro del casco. Generalmente pensando en mi feliz mundo viajero, pero a ratos en fábulas pesimistas en las que de una de



Los niños siempre acuden a nuestro encuentro.



Por el camino nos encontramos con pequeños poblados.

aquellas lejanas dunas aparecía un pick-up repleto de tipos chungos con pañuelo palestino y AK 47. Afortunadamente, el viaje en moto seguía su curso y nada malo pasaba.

El Sahara daba paso al Sahel, una extensión algo menos desértica de terreno que desde Mauritania hasta Sudán hace de frontera entre el gran desierto del norte y las sabanas tropicales del sur. También entre el África árabe y la negra.

Quinientos setenta kilómetros después de haber salido, llegaba a Nouakchott, catapultado por el continuo viento de culo e interrumpido exclusivamente por los múltiples controles militares del camino. La noche anterior alguien me había aconsejado sabiamente llevar fotocopias del pasaporte, esencial para aligerar los trámites y evitar que el aburrido militar de turno tuviese la tentación de pedirme diez euros por apuntar mis datos en su sucio cuaderno.

## Nouakchott

En estos años viajando he conocido muchas ciudades, las capitales suelo esquivarlas o paso de puntillas por ellas, pero eso no quita que conozca unas cuantas. Sin duda, la menos desarrollada es ésta.

Apenas hay asfalto, la mierda se acumula en grandes montones en los alrededores de las vías principales por donde escualidas reses pastan y pasean libremente, esquivando el continuo tráfico de carros propulsados por burros. Desde que Senegal cerró el paso a vehículos con más de cinco años de antigüedad, evitando seguir siendo el desguace de Europa, es Mauritania el último punto para la exportación ilegal de reliquias, así que por aquí andan la mayoría escupiendo humo negro.

La fusión de lo árabe y lo negro se ve caricaturizada perfectamente en la evolución exterior de la mujer, todavía cubierta de arriba



El río Gambia es uno de los mayores de África.



Las barcas senegalesas aguardan en la costa.

abajo, pero con trajes de llamativos colores que se van ajustando progresivamente a medida que la ruta avanza al sur. Bandas de niños harapientos patrullan la ciudad en busca de algo que echarse a la boca, o en su defecto algo que les distraiga y engañe el estómago. Un barbudo blanco sobre una moto enorme se convierte sin duda en el acontecimiento del mes para ellos. Supongo que durante los minutos en los que paré para refrigerarme olvidaron todas sus penurias. Una vez más, salí zumbando de una ciudad, esta vez ansioso por llegar al África negra.

## La Pista de Diama

Quedaban un par de horas de luz y me acercaba al desvío de la Pista de Diama, setenta kilómetros sin asfalto que me llevarían a Senegal evitando la frontera de Rosso, el peor paso fronterizo de África según dicen los que han desesperado cruzándola.

Esta mítica pista para moteros se divide en dos tramos claramente diferenciados. El primero es ancho y sobre tierra dura, todavía con olor a desierto y salteado de traicioneros bancos de arena. Las dunas ven frenado su avance y chocan con arbustos cada vez mayores; se acaba el desierto que se fusiona con la sabana en un proceso inverso al de unos días atrás. El África tropical y alegre aparece definitivamente en Diamet, un pequeño pueblo a las orillas del río Senegal poblado íntegramente por raza negra, musulmanes igualmente pero con mujeres luciendo por fin largas melenas y curvas imposibles.

Atravesé el pueblo con los últimos destellos de luz. La pista se estrechó y se internó en un parque natural que debía ser espectacular, pero ya no se veía un carajo. Mi universo terminaba allá donde alcanzaban mis focos extra, accesorio que se me antoja impres-

cindible para este tipo de viajes. La noche había caído definitivamente y aún quedaban cuarenta kilómetros hasta la frontera. Manadas de jabalíes me acojonaron en varias ocasiones, atravesando la pista igualmente asustados ante la intrusa presencia de un ruido con deslumbrantes luces que se aproximaba veloz a su hábitat natural, aunque alguien se hubiese empeñado en dibujar por allí una pista.

## Frontera con Senegal

Agotado pero eufórico llegué a la frontera de Senegal con un día de margen. Me resigné ante lo que imaginaba que sería intentar atravesar una corrupta aduana a esas horas de la noche, con funcionarios aburridos esperando dólares frescos.

“No tengo ninguna prisa”, me dije una y otra vez antes de entrar, “lo peor que puede pasar es que se haga de día”.



Entré al primero de los edificios, decadente construcción de una planta por la que sorteé un enjambre de militares que distribuidos por el suelo comían, dormían o jugaban a las cartas. Apenas se inmutaron al verme. Llegué al despacho de migración en busca del primero de los sellos. Un militar me pidió diez euros. Me negué con el mismo rollo de siempre, que si tenía un visado, que si había pagado por él, que si al entrar nadie me advirtió que tendría que pagar al salir y bla, bla, bla.

Al rato de acalorada bronca apareció un segundo militar. Rondaba los dos metros de estatura, sus brazos eran como mis piernas y hablaba algo de inglés.

-Tiene usted que pagar porque esta frontera está abierta veinticuatro horas y eso hay que mantenerlo. Estamos aquí por usted.

Contundente argumento, especialmente si lo unes al grave tono de voz, a su oscura cara de pocos amigos y, especialmente, a un sencillo y rápido cálculo de cuánto tardaría en morir si semejante individuo decidiese apretar el manajo de morcillas que calzaba como dedos en mi frágil cuello blanco. Pagué encantado, y a punto estuve de dejar propina.

Minutos después estaba sentado sobre un roída silla en una habitación similar a la anterior, rodeado de tres nuevos funcionarios. Esta vez se trataba de la policía. También querían diez euros a cambio de un sello. Me volví a negar, esta vez mucho más enajenado y seguro de mí mismo. Los tres tipos me insinuaron que de allí no me movería, cerraron la puerta del despacho y el silencio se hizo en la sala. Me acomodé, saqué un libro y fingí entusiasmarme con la lectura. Media hora después decidieron no compartir la noche con un blanco y me dejaron ir. Subieron la barrera, arranqué sin problemas mi flamante moto, rugió el motor y abandoné Mauritania.

## Senegal

Unos metros después paré el motor, se apagaron las luces, y bajo la tenue iluminación de una farola grabé unos minutos en los que eufórico explicaba a la cámara lo sucedido previamente. Me encontraba en tierra de nadie, en esos kilómetros neutrales entre fronteras. Terminé el vídeo, guardé la cámara, giré la llave y al presionar victorioso el botón de arranque...

La moto no rulaba. Un segundo intento y tampoco. Igual que al tercero. Mal rollo. Eran cerca de las once de la noche, estaba en tierra de nadie y la moto no arrancaba. Me entró la risa floja. Bajé de la moto. Comprobé que no fuese un mal contacto de la pata de cabra. No lo era. Me puse el frontal. Saqué la herramienta. Desmonté una tapa de plástico para comprobar que los bornes de la batería estaban bien. Lo estaban. Pensé unos minutos. No sé qué coño pensé porque no tengo ni puñetera idea de mecánica. Me acordé de un bonito vídeo que edité hace un par de años simulando que mi moto no arrancaba a cinco kilómetros de Sydney, después de ocho meses de viaje. El guionista que escribe mis viajes, el destino y yo nos descojonamos un buen rato. Luego ellos siguieron. Yo no, me tocaba empujar la moto hasta Senegal.

Comencé el cansino trámite en mitad de la oscura y solitaria noche. La pista picaba ligeramente para arriba. A mí me parecía un puerto de primera. A ratos paraba, jadeaba unos instantes y proseguía. Al fondo veía las luces de la presa de Diama, frontera con Senegal. Varias paradas jadeantes después llegué hasta la frontera.

Conocí a dos buscavidas franceses que estaban allí retenidos porque no tenían dinero suficiente para pagar corruptos

aranceles por todo lo que pretendían meter en el país, posiblemente robado. Compré un seguro para la moto a una mujer enorme que además de broker, cambiaba dinero con márgenes que rozaban la usura. Tomé el peor café del mundo. Discutí a voces con un tipo que me "dejó" su coche para enganchar los cables y terminó asegurando ser mecánico. Su trabajo valía diez euros. Error de principiante, todo se negocia antes. Una hora después admitió mi última oferta de tres euros.

## De Saint Louis al Lago Rosa

Finalmente conseguí entrar en Senegal, nueve días después de haber salido de Madrid.

Saint Louis es la primera ciudad fundada por los europeos en el África occidental, y todavía, aunque decadente, mantiene ese tono colonial. Allí me alojé en un pequeño hotel y dediqué todo el día a descansar y asegurarme de que me trajeran una batería. Finalmente no hizo falta, la batería cargó y averigüé que no es recomendable hacer pista con la de ácidos. Con una de gel nada habría pasado.

Al día siguiente recorrí 200 km hasta Dakar disfrutando de la moto y de la sabana.

Llegué al Lago Rosa sin incidentes, cuatro horas antes de mi cita en el aeropuerto y nueve días después de haber salido de Madrid.

Unos días después aparqué la moto en el garaje de mi amigo Nico, un madrileño que reside en Dakar desde hace dieciocho años. Vuelta a casa, vuelta al trabajo y a preparar el siguiente asalto hasta Accra, que esperaba hacer lo antes posible.

